

Exc. 28-XI-88. p. 1A
La Esperanza, Pérdida Importante

Vieja Promesa, la Democracia

- ★ Hoy Como Nunca los Dados Favorecen al Gran Capital
- ★ Se Perfila Ahora en México un Autoritarismo Desnudo
- ★ Sólo las Clases Medias Pueden Diferir su Consumismo

LORENZO MEYER

Uno de los aspectos que dieron vitalidad al sistema político mexicano que hoy está muriendo, fue la renovación sexenal de la esperanza. Claro que la realidad casi nunca correspondió a lo esperado y, además —como todo en la sociedad mexicana— la intensidad del sentimiento estuvo siempre mal distribuida: existía en mayores cantidades entre las élites y menos entre las clases populares.

Pese a todo, el fenómeno era real, y resultó muy funcional para el mantenimiento de la estabilidad. En contraste, el sistema que está naciendo ahora de entre las cenizas del desastre económico, carece de ese antiguo atractivo. Hoy por hoy, un grupo muy grande de mexicanos —probablemente la mayoría— abraza muy pocas ilusiones en relación al nuevo sexenio, al porvenir inmediato.

La actual falta de esperanza a nivel colectivo tiene bases sólidas. Por un lado no hay nada en el proyecto económico neoliberal (o neoconservador) de Miguel de la Madrid-Carlos Salinas, que augure en el corto plazo una mejoría de la situación material de las clases populares y medias. Para estos grupos, y en el mejor de los casos, la única esperanza realista es modesta y está en

Vieja Promesa, la Democracia

Sigue de la primera plana

el largo plazo. Desafortunadamente, en la cultura de las clases populares también llamada la cultura de la pobreza —como bien la describa en su momento Oscar Lewis—, el largo plazo no existe. Sólo las clases medias pueden diferir el consumo actual en aras del futuro, pero eso se hace con entusiasmo únicamente cuando hay confianza en ese futuro, y hoy esa no existe.

Dejando de lado los discursos y observando sólo los hechos, la sociedad mexicana ya se dio cuenta que el proyecto de política económica en marcha desde fines de 1982 y que sigue invariable hasta el día de hoy, busca, en primer lugar, concentrar el grueso de las energías gubernamentales en dar apoyo y facilitar la fructificación de los esfuerzos de los productores privados que se orienten directa o indirectamente hacia la exportación. Hoy como nunca en los últimos 48 años, los dados están cargados en favor del gran capital, es decir, en favor de intereses como los que representan Legorreta y sus famosos 300 compañeros de viaje. Si finalmente se hace realidad la idea de los tecnócratas de dar al mercado internacional la responsabilidad de asignar los recursos de la economía mexicana, los beneficios se concentrarán aún más en la cúspide y sólo poco a poco se filtrarán a los asalariados, como ha sido el caso en Corea o Taiwán, por mencionar dos ejemplos que a nuestro gobierno le gustaría que emularáramos. En fin, no se necesitan grandes luces para saber que el lema no anunciado pero practicado por la actual clase gobernante —la que sale y la que entra, pues en el fondo es la misma— es éste: la acumulación privada primero, la justicia social después, y sólo cuando y no afecte la confianza empresarial ni la competitividad internacional.

★

Pero la renovación sexual de la esperanza no sólo se ha perdido por la brutalidad del proyecto económico de Miguel de la Madrid-Carlos Salinas, sino también por la rapidez con que el nuevo equipo gobernante a punto de asumir el poder ejecutivo contradujo sus promesas de campaña. En efecto, la falta de coherencia entre lo que dicen y lo que hacen los jóvenes tecnócratas, se ha podido experimentar aún antes de que éstos asuman formalmente las funciones de gobierno, lo que si bien no es sorprendente sí resulta decepcionante.

¿Quién no se siente personalmente defraudado al recordar declaraciones como las hechas hace apenas unos meses por el entonces candidato presidencial del PRI en Puebla? Como se recordará, en aquella ocasión dijo, hablando del llamado "reto de la democracia": "Vamos pues a respetar el voto de los ciudadanos, a

realizar unas elecciones limpias y transparentes. Vamos a convencer con organización y programa. Defendremos nuestros triunfos, pero aceptaremos nuestras derrotas. Actuaremos con responsabilidad..."

Esas palabras no fueron, en el fondo, muy distintas de las que, como candidato, había pronunciado seis años antes Miguel de la Madrid. Sin embargo, después del 6 de julio o de lo que acaba de ocurrir en Tabasco, no se puede decir que la transparencia del proceso electoral haya cambiado en nada respecto al pasado cercano o lejano. El PRI sigue tan renuente a reconocer sus derrotas como lo estaba hace tres años o cuando nació en 1929; tan dado a buscar la victoria por caminos torcidos como cuando se enfrentó a José Vasconcelos.

La promesa de la democracia, el respeto a la voluntad ciudadana y del compromiso con la acción responsable, es una promesa vieja en México. Una promesa que, desde luego, los gobiernos revolucionarios (1920-1940) y los post-revolucionarios (1940-1988) no cumplieron. En ambos periodos el poder se ejerció de manera autoritaria. Sin embargo —y esto debemos de reconocerlo y entenderlo— la violencia no fue la característica central de ese autoritarismo, como si lo fue de otros que a lo largo de esos años surgieron y desaparecieron —por lo menos algunos— en el continente. La razón por la cual desde 1920 en México pudieron convivir, aunque no sin tensiones, estabilidad política con autoritarismo, se debió a que ese autoritarismo mantuvo una cierta dosis de legitimidad, que fue precisamente el legado que le heredó la Revolución mexicana. Esa legitimidad estuvo basada en la aceptación por gobernantes y gobernados de la validez de los objetivos de justicia social que el régimen decía perseguir, y, sobre todo, en la política populista que en realidad siguió. En un trabajo presentado en la Universidad de Columbia, Blanca Heredia ha llamado a ese fenómeno una legitimidad racional en función de los objetivos, y que le permitió a la élite política mexicana a partir de Carranza sustituir con éxito a la legitimidad alternativa: esa que en otros países surge como resultado de la lucha electoral y la victoria en las urnas es decir, la legitimidad racional-legal.

★

El gobierno de Miguel de la Madrid, al cambiar la esencia del modelo económico y atacar como ilegítima la tradicional naturaleza populista del régimen, el populismo fue calificado en este sexenio como síndrome de un mal terrible —cegó la fuente de la vieja legitimidad revolucionaria—. A cambio de lo que se acababa de eliminar, propuso una alternativa más a tono con el nuevo modelo económico y que es, precisamente, la que surge de las urnas: el derecho a gobernar basado

en los resultados de un proceso electoral transparente y con una verdadera competencia de partidos. Sin embargo, la promesa duró lo que un suspiro. Tras las victorias electorales del PAN en el norte en 1983, se decidió recurrir a la victoria sin transparencia y mantener el tradicional monopolio del poder del PRI.

Muy pocos saben hoy cuáles fueron exactamente las fuerzas que se movieron para impedir que el 6 de julio hubiera una elección con un resultado claro, creíble, pero en el fondo lo ocurrido a escala nacional entonces y se volvió a repetir después en Tabasco, representa la continuidad de la contradicción en la que se metió el régimen a la hora de impulsar un cambio económico sin querer pagar sus consecuencias políticas.

★

Aquí vale la pena detenerse y hacer esta pregunta: si la promesa no hubiera sido rota en Chihuahua en 1985 y vuelta a romper el 6 de julio, ¿qué tipo de sistema político tendríamos ahora? Me aventuro a responder que una posibilidad sería la de que, pese a todo, el PRI siguiera siendo el partido más fuerte, aunque sustentado en una victoria electoral más modesta de la que impusieron las cifras oficiales en agosto. De ser ese el caso, estaríamos viviendo el principio de una democracia excluyente y cuya esencia sería ésta: respeto a la voluntad popular mostrada en las urnas pero dejando que el reparto de la riqueza social lo hiciera básicamente el mercado y quitando al Estado la responsabilidad central en la asignación de recursos. En otras palabras, México iría por el camino que hoy recorre Gran Bretaña en el desmantelamiento del llamado "Estado benefactor" o España, donde un gobierno socialista se dedica a dar la batalla contra los sindicatos para que su industria pueda competir con los socios del Mercado Común Europeo.

La democracia excluyente que prometieron pero no nos entregaron los tecnócratas de la reconversión industrial, no es un sistema que llene de gozo el espíritu de las clases trabajadoras ni de quienes están interesados en la justicia sustantiva, es decir, la social. Sin embargo, la alternativa a este sistema y que se está perfilando en México tras lo ocurrido el 6 de julio es el surgimiento de un autoritarismo desnudo, sin populismo, un autoritarismo excluyente. Naturalmente de ser este el caso lo que la élite política está arriesgando en su afán de cambiar sin cambiar, de transformar la economía y la sociedad sin transformar la política, es la estabilidad. Ojalá me equivoque en mi diagnóstico, pero creo que incluso si ese fuera el caso, vale la pena reflexionar sobre lo que hoy está en juego.